

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 20 DE DICIEMBRE DE 1840.

Príncipe de Viana.

1464.

II. Ausias March habia cumplido su promesa. Comunicando á los demas el ardor y energía de su alma, recorrió pueblos y provincias, y sus vehementes discursos fueron la centella que produjo en favor de Carlos una esplosion universal. A lo largo de las costas de Cataluña, y de una en otra de sus fragosas cimas corrian de noche fuegos de alarma, cual si un mismo soplo los encendiera, cruzábanse gentes armadas por todos los caminos, resonaba en los valles el terrible grito de somaten, y casi todas las ciudades á ejemplo de Barcelona enarbola- ban la bandera del Principado, emancipándose de un rey que ni aun padre sabia ser. Los navarros se agitaban para salvar al amado príncipe que desde tantos años debia ser su monarca, y cuyas virtudes y feliz gobierno recordaban; los aragoneses viendo desdeñadas por Juan II su mediacion y súplicas se preparaban á las armas; al paso que el ejército del rey de Castilla penetraba por las fronteras, segun la po-

lítica de los estados que hacen siempre servir á su ambicion los atentados y escándalos de los vecinos. Y entretanto Juan II fugitivo de sus mismos vasallos, desde el castillo de Amposta detras de las lanzas del corto ejército que habia reunido, oia con espanto la tempestad que rugia y que amenazaba arrebatarle la corona.

En uno de los salones del régio castillo estaban sentadas dos mugeres en anchísimos sillones, y algo mas léjos dos hermosos niños jugaban sobre la alfombra. Un claro sol de invierno brillando al traves de las purpúreas colgaduras, derramaba un rosado tinte por toda la estancia, y se oia un murmullo grave y confuso producido por la ancha y magestuosa corriente del Ebro que al pie de las ventanas se dilatava.

— Leonor, dijo la mas alta y hermosa de las dos damas, cuyas vivaces miradas, móviles labios y altiva frente, en que brillaba aun un resto de juventud, revelaban al par profundo artificio y elevada ambicion. Leonor, con vos puedo confiarme, pues sois la única de esa prole rebelde que amais á vuestro padre, y que no me dais el odioso nombre de madastra. El cautivo de Morella triunfa desde su prision; su desgracia á los ojos de los pueblos le ha tenido lugar de inocencia, y su conducta ha encontrado imitadores, porque la rebelion facilmente descende desde la familia real á las últimas clases. Pero temo que esas flores con que pretenden ceñirle no sean las de una víctima, y

los aplausos que le rinden la sentencia de su muerte.

— Temamos mas bien por la nuestra, ó reina, cuando las imprecaciones y alaridos de los rebeldes resuenan hasta nuestros oídos, cuando erramos prófugos de ciudad en ciudad, y nos ciñe un muro de enemigos por todas partes. Oh! por qué dejé mi hermoso palacio de Foix, y llevé conmigo á mi Gaston!

— Escuchadme, Condesa; el rey desde la madrugada se ha encerrado con su confidente. Al cabo de algunas horas Peralta ha salido con aspecto sombrío, y mi esposo agitado y pensativo como el que acaba de tomar una resolución estrema.... Sabeis que tales conferencias jamas suelen ser en valde.

— Ah!

— Mi corazón se estremece por él, quizá en el vuestro se conmueve también la sangre fraternal; pero no temais, que mi poder es de clemencia, y me interpondré entre el príncipe y su padre irritado, pues rehusó una corona para mi hijo si ha de comprarse con sangre.... Y nuestros hijos sin embargo, añadía pasando cariñosamente su mano sobre los negros cabellos de su Fernando, y sobre los blondos rizos de Gaston, nuestros hijos no tendrán corona, y serán súbditos, y pagarán el crimen de la fidelidad de sus madres!

— Y bien; si es preciso que caiga la cabeza de Carlos, lloraré acaso, pero no detendré el golpe que reclaman la seguridad de mi padre y el amor de mi hijo. Harto fatal nos ha sido su vida hasta ahora!

— Oh! muy fatal sin duda.... El vacío que dejara en su desaparición fuera bastante vasto para que todos cupiésemos en él, sin embarzarnos; y bastante rica su herencia para repartirla. Y tú, hijo mio, serias llamado heredero de Aragon, y la mano de Isabel de Castilla quizá enlazara algun día con la tuya la noble corona de mi patria. ¿No es verdad que entónces afirmarias la de Navarra sobre las sienas de Gaston, y le tendieras tu brazo mas robusto, y os unierais inseparablemente?... Y al mismo tiempo hacian las dos princesas que los niños tendiesen sus manecitas.

Habia no sé qué de siniestro y horroroso en la cándida alianza de aquellas manos inocentes unidas para la obra de la usurpacion, en las tiernas caricias que les prodigaban las dos madres envueltas en pláticas sanguinarias, y en los sacrílegos votos que ellas dirigian al cielo en nombre del mas santo de los afectos. El cielo no bendijo aquella alianza ni escuchó sino en parte tales votos; porque Fernando dueño mas tarde de España entera debía vengar á Carlos y á Blanca arrebatando la manchada corona de Navarra á los nietos de su cruel hermana, y Leonor debía ver espirar á su hijo ántes de ser rey en la flor de sus dias, y Juana no habia de gozarse largo tiempo en la elevacion del suyo.

A poco rato apareció en la estancia un hombre alto y flaco aunque nervudo, de cabello entrecano, de enjuto rostro y de oblicuo mirar, ante quien se levantaron las dos damas, saludándole profundamente una con el nombre de padre y la otra con el de esposo. Aquellas tres personas que á pesar de sus estrechos vínculos se aborrecian de corazón porque mutuamente se conocian, juntábanse solo á impulsos de su ambicion contra un miembro de su misma sangre, y su union era otro crimen mas execrable todavía que el odio que se profesaban.

— Retírate, hija mia, dijo el rey en cuya vez habia un cierto sonido que hacía temblar aun cuando acariciaba; es preciso que hable á solas con tu madre. Y apenas se retiró Leonor llevándose á Gaston de la mano, sentóse el monarca y dirigiéndose á su esposa: Señora, dijo, ved aquí el fruto de vuestros consejos, vedme en ese último asilo mas cautivo que el príncipe en la torre; la tierra parece abrirse bajo nuestros pies.

— Si vuestra dignidad y el trance en que nos hallamos, me permitieran recriminaciones, os dijera que ese es el fruto de carecer de ánimo para seguirlos enteramente. No obstante si como á padre mas bien que como á rey debo aconsejaros, os ruego que no encrudezcáis contra vuestro hijo, y no queráis almenos su muerte....

— Qué habláis de muerte? se trata de su libertad, que hoy mismo ireis á darle en Morella.

— Señor...!

— Qué queréis? no es posible hallar pruebas de su delito, la tierra y el cielo hacen causa con él, los rebeldes amenazan, los vasallos fieles murmuran: es preciso soltar la presa.

— Hay fieras que no la sueltan, sin hincar ántes en ella sus dientes.

— Sabéis que su muerte llevaria en pos la nuestra?... Qué seria de nosotros si desde el cadalso echase yo su cabeza al reino sublevado, cual guante de desafío; ó si le entregara cada- ver á los pueblos que le preparan su carro triunfal?

— O si infundierais en su copa una de aque- llas semillas de muerte que tardan tres, seis meses, un año entero en producir su fruto, y que salvan así de la persona del enemigo como de la venganza de los hombres... Quizá no fue- ra la primera vez que se ha dado esta bebida á un prisionero la víspera de su libertad... pe- ro no, yo no quiero justicia contra él, cuanto más un crimen.

Juan II frunció sus cejas, y paseaba á largos pasos con aspecto sombrío cual si huyera de la fantasma de un delito que le atraia y le hor- rorizaba á un tiempo. La reina continuó: En cuanto á mí, si no es preciso que sea víctima espiatoria, y que mi sangre satisfaga la sed de los rebeldes, me retiraré con mi hijo á Casti- lla al lado de mi padre, ó á cualquier asilo, si es posible ay! el encontrarlo, cuando mi mor- tal enemigo enlace su mano con la heredera de Castilla, y ciña á un tiempo las tres coronas de España. Y diciendo esto tomó en sus brazos á Fernando, quien viendo llorar á su madre se enlazaba al cuello del rey, ignorante de que con sus inocentes abrazos pedia la sangre de su hermano.

— Qué decís de retiro, donde estoy yo? es- clamó Juan; ¿quién se atreverá á respirar mientras yo respire, ni á recoger mi corona si- no de encima de mi sepulcro? Además la recon- ciliación será completa con vuestra ida á Mo- rella, y el príncipe que verá la autora de su

libertad en aquella de quien creia haberlo sido de su cautiverio, os bendecirá y os conciliará el amor de los pueblos.

— Creéis vos en la reconciliación y en el ol- vido de las injurias? repuso ella con amarga sonrisa. En cuanto á mí no creo, y rogaré al cielo para que no seais víctima á vuestra vez de la misma ciega credulidad que os ha entregado tantas víctimas incautas. Solo sentiré oír desde mi destierro que Juan II rey de Aragon y de Navarra es mas fuerte por sus engaños que por su espada, que un puñado de lanzas puede mas con él que el amor de padre, que recibe la ley de sus pecheros....

— Oh! callad, callad, gritó el rey, y llaman- do luego á un paje: Que entre Peralta, dijo. Era Pedro de Peralta de una de las mas nobles familias de Navarra, hombre de no ménos va- lor que artificio, de sangre fria en los riesgos así como en los delitos, que así esgrimia la es- pada como el puñal, y á quien debia el rey los crímenes y la grandeza de su reinado. Juan II no era mas que un subalterno de alma impasi- ble y carácter aventurero; Peralta era el so- berano.

Apénas entró el confidente, díjole aquel: Acompañareis á S. A. la reina hasta Morella; y mañana os espero con el príncipe en este al- cazar. Y luego en voz mas baja; lo que me pro- poniais esta mañana, cumplidlo, pero que sea allí, y no delante de mis ojos. La reina partió al momento escoltada por Peralta y por otros caballeros.

Por los pages de S. A. súpóse que el rey habia paseado por su cámara toda la noche, y que ántes de amanecer salió pálido y demuda- do para llamar un mensajero que envió apre- suradamente á Peralta con órdenes ocultas.

Entretanto divulgóse en alas de la fama la libertad del Príncipe, y el castillo ofrecia un flujo y reflujo de gentes, que venian unas á cer- ciorarse de tan agradable nueva, y otros vola- ban á llevarla á diversos y remotos puntos pa- ra calmar las turbulencias. Despojábanse los álamos de sus ramas para adornar la carrera, y los pinos de sus teas para encender luminarias;

las villas y ciudades vecinas se despoblaban, y por todas partes el celo y el amor de los pueblos suplía para los festejos á las órdenes del soberano. Los guerreros limpiaban sus armas al rededor de Amposta, los juglares preparaban sus instrumentos, los jóvenes se ensayaban para la danza.

Era el 2 de marzo. El sol declinaba al ocaso brillante y rojo cual una rueda de hierro al sacarse de la fragua, cuando una nube de polvo que desde las almenas se descubrió al poniente, y el lejano murmullo de aclamaciones que de boca en boca cual eléctrica chispa resonaron en un momento hasta dentro del castillo, anunció la llegada del príncipe y su comitiva. No cesaron los aplausos mezclados con la armonía de atabales y trompetas hasta que el Príncipe saltando de su caballo, y teniendo el estribo del palafren de la Reina la ayudó á apearse, y subió palpitándole el corazón, la escalera principal del castillo, á cuyo extremo le aguardaba su padre.

Cárlos había ya llegado á la mitad de sus días. Sus grandes ojos negros brillaban con doble fuego sobre su rostro pálido y abatido por los sufrimientos, sobre su ancha y elevada frente caían sus cabellos prematuramente encanecidos, y al ver la noble dignidad y suave melancolía de sus ademanes, cualquiera se hubiera arrojado á sus pies para besárselos y hubiera muerto por él. El sentimiento de felicidad que rebosaba entonces en su semblante, añadía no poco á su hermosura, viendo salvado su honor y su libertad al través de la risueña naturaleza que libre por fin contemplaba, de la régia pompa y guerreros sonidos que acompañaban su marcha, de tantos corazones como le adoraban y le anegaban cual en un océano de amor, enfrente del castillo que le saludaba por todas sus ventanas, y de la bandera de Aragon que se mecía sobre las almenas, como aplaudiendo su venida.

Cuando llegó á presencia de su padre, dobló la rodilla, y cogiéndole una mano la besó y la bañó con algunas lágrimas. Ambos estaban mudos y conmovidos, pero el rey parecía confuso, anonadado y como fuera de sí.

Cárlos rompió primero el silencio: Llegó por fin el día, ó señor, tan deseado por mi corazón, y que jamás dudé que llegase. Bien compensará mis días de abandono y de tristeza, si oigo en él de vuestros labios una palabra de clemencia y de amor... Vos calláis, continuó. Ah, señor, ¿de qué servía volverme la libertad, si no habiais de volverme también vuestro cariño? Si creéis que haya atentado jamás contra vos, tomad una espada y traspasad mi corazón; mas un día conoceréis que os amé siempre, y que fui inocente, si lo ha sido hombre alguno. Pero, quién sabe? quizá he cometido yerros, quizá os ofendí sin querer...

— Príncipe...

— Y por qué no hijo?

— Bien, hijo, como quieras; si eres culpable te perdono; si inocente, perdóneme Dios. Cuanto hoy he hecho contigo, añadió echando á la reina una siniestra mirada, á mi esposa debes agradecerlo.

Cárlos besó la mano á su madastra. Sí, repuso, la reina abrió mi prisión, y yo creía erais vos mismo que veniais á romperla. Hubierais visto el suelo húmedo aun con mis lágrimas, y mi dolor escrito en las paredes, como lo veis en mi cuerpo todavía. — Levantó los ojos en este momento, y se horrorizó al ver la palidez cadavérica, y la contracción violenta del rostro de su padre. Ah! exclamó, también ha dejado huellas sobre vos el dolor.

Pensabas que no había yo padecido, y que los vínculos de la sangre al romperse no despedazan igualmente á los dos que enlazaban?

Entraron luego en el salón, donde Cárlos apretó la mano á todos los circunstantes sin contener un movimiento de aversión al tocar la de Leonor. Preguntó por Blanca, y sabiendo que estaba ausente y enferma, bajó la cabeza y se resignó á no verla hasta el siguiente día.

El sol lanzaba oblicuamente en la estancia sus últimos y anaranjados rayos, y Cárlos de pie cerca de la ventana exclamó: Hermoso día por cierto. Toda mi vida he de consagrar su aniversario con solemnes festejos. Juan II se dejó caer exánime sobre un sillón.

El festin fué largo y silencioso. La reina se mostraba sobremanera amable y placentera; Leonor no disimulaba su pasmo y su despecho, el monarca estaba taciturno y pensativo. El Príncipe al observarle gimió sobre la dureza del corazón de su padre, la única vez cabalmente que era paternal.

Aquellos momentos en efecto, si hubieran producido el arrepentimiento, bastarían para espigar las iniquidades todas de Juan II. En medio de la amarga duda sobre si había llegado á tiempo el mensage salvador, ni la etiqueta real ni la prudencia le permitían interrogar á Peralta cuyo semblante en vano espigaba. Veía delante á su primogénito ignorando si era presa ya de la muerte, y luego se acordaba de cuando por vez primera le había estrechado entre sus brazos recién nacido, y de los proyectos formados un día para su engrandecimiento, y del primer beso recibido de él hasta el último impreso en su mano... Y despues nada veía sino sombras, y nada oía sino un prolongado silvido que formaba en sus oídos una palabra... *parricida!*

Estremecióse al oír el sonido de las copas, y pensó en la que acaso se había ofrecido á Carlos la víspera anterior. Clavados sus ojos en el rostro de Peralta procuraba leer en él, é interrogábale con agonía, como pidiendo un gesto, una mirada; pero aquel rostro nada revelaba, era mudo, de mármol.

Al terminarse el festin fueron introducidos los embajadores de varios ciudades descontentas de Cataluña, y Carlos entónces levantándose: Mis buenos amigos, les dijo, os dejo con mi padre para que trateis con él de lo tocante á vuestra dicha y seguridad; de mí nada habéis os pido. Sí, padre mio, atended á vuestros vasallos, pero haced de mí lo que queráis, que no he venido á conferenciar con vos, ni á regatearos el poder, sino á echarme á vuestras plantas y á pedir os un asilo, que despues de tantos vaivenes y oleadas cualquiera me será deseable.

A pesar de la moderacion del Príncipe que se retiró, el discurso de los embajadores fué audaz y vehemente; pero aquel monarca tan

arrogante y celoso de su poder permanecía entónces impassible y como aletargado. Eran no obstante tan exajeradas y duras sus últimas pretensiones, que Juan II iba á levantarse indignado, pero Peralta le contuvo.

— Qué plazo señalais al cumplimiento de las condiciones? preguntó el confidente á los enviados.

— El próximo otoño.

— Bien podeis concedérselas, dijo, volviéndose al rey mientras vagaba por sus labios una imperceptible sonrisa.

— Dios mio! murmuró el monarca cubriéndose el rostro con las manos. Mi hijo está envenenado!

(Se concluirá.)

POESÍAS ORIENTALS

DE

D. J. Arola.

La poesía actual, reflejo de todas las luces, y eco de todos los sonidos, no contenta de hacer vibrar el corazón de los lectores con los sentimientos del poeta, va recogiendo inspiraciones en la tradicion de siglos ya pasados, y en la diversa fisonomía que presenta la sociedad en remotos países. Lord Byron entusiasmado con los esfuerzos de los modernos griegos para recobrar su independenciam escogió el oriente para teatro de sus fantásticos héroes, y se mostró en sus creaciones tan rico y variado como la vegetacion de aquellas comarcas, tan brillante y ardoroso como el sol que las ilumina, tan enérgico y sombrío como el alma y las facciones de sus piratas. Para reforzar esta nueva cruzada literaria Victor Hugo aprestó su imaginacion ardiente al par que flexible, y dió á sus producciones denominadas orientales el colorido local que debía distinguirlas. A imitacion

de estos osados campeones algunos jóvenes españoles ensayaron las fuerzas de su ingenio en semejantes correrías, con tanta mas razon cuanto que podian servirles de auxiliares en su empresa los recuerdos escitados por la historia, el clima y los monumentos de nuestra patria. El Sr. Arolas ha sido uno de los que con mas feliz éxito ha cultivado esas flores que empiezan á aclimatarse en un terreno tan favorable para desplegar toda su frescura y lozanía, y en el aire puro de Valencia ha respirado las embalsamadas brisas del oriente. Con el vuelo de su fantasía ha recorrido los deliciosos cármenes de Granada mas hermosa que la flor de su nombre, y los perfumados haremes de Constantinopla con sus iglesias convertidas en mezquitas, ha cruzado las olas que domina orgulloso pirata, y los arenales que atraviesa el árabe errante, ha oido las amenazas é imprecaciones de Abd-el-Kader y ha reposado sus alas en la ciudad de las tristezas, en las colinas de cedros y palmeras que rodean á Jerusalem, reina que perdió en un dia su hermosura y su corona.

Siendo la intencion del autor en estas ligeras composiciones halagar dulcemente mas bien que producir emociones fuertes, ha escaseado las pinceladas grandiosas y sombrías que pudieran variar el matiz sobrado uniforme que en ellas se advierte. De vez en cuando deja caer algunas gotas de sangre que destacan apenas sobre las muchas hojas de rosa que con ella se empapan. El alma de su poesía es el amor; pero un amor tal como lo conciben los musulmanes, amor sin resistencia ni sacrificios, ardiente como la atmósfera en que viven, material como la religion que profesan. Por esto las mas veces un harem es el fondo de sus cuadros, favoritas reclinadas en hamacas de oro y seda, odaliscas anelando el primer beso, sultanes abrumados y hambrientos de placeres, cautivos favorecidos de las tinieblas nocturnas, esclavas y eunucos, las figuras que en ellos se dibujan. Asi sus cantos parecen inspirados á la sombra de jazmines en flor, sus imágenes por aéreas y graciosas pudieran competir con las bailarinas del serrallo, sus pensamientos son floridos como

los rosales, sus recuerdos bañados en aroma y ese lujo de voluptuosidad es el dote mas característico de este escritor. Pocos serán los corazones juveniles que resistan al doble encanto de sus ideas y armonía, y que al dejar su lectura no sientan aquella languidez y enervamiento que se experimenta al salir de un baño en que se infunden olorosas esencias.

El Sr. Arolas puede lisongearse de haber merecido la palma de poeta oriental á que sin duda aspiraba. Sus versos fluidos y sonoros, su diction elegante y fácil, su estilo risueño, figurado y pintoresco revelan con bastante acierto la idea que habia concebido. Pero nosotros no aprobamos su idea, y sin que pretendamos revestir al poeta de un sacerdocio moral, ni atribuyamos á los partos de su fantasía toda la influencia que se les ha supuesto, deseáramos siempre ver en el amor un sentimiento del alma, no una impresion de los sentidos. Una juventud estragada en demasia por la afeminacion y el positivismo, simpatiza peligrosamente con estas delicias materiales embellecidas con todos los encantos de la poesía y veladas apenas de un cendal transparente. ¿Por qué ofrecer á sus ojos deslumbrados la imagen de una pasion seductora, desnuda enteramente del espiritualismo que debiera revestirla? La inspiracion del poeta no pasa por la imaginacion de los lectores como un águila por entre un grupo de apiñadas nubes; deja un rastro, una huella que aunque liviana y efímera, hace vibrar con mas ó ménos fuerza una cuerda del corazon: si este permaneciera insensible, si no respondiera con un eco á los sonidos que acaba de escuchar, trabajo perdido el del poeta. Deleitar los oidos sin hablar al corazon, seria una recompensa muy frívola para el genio. El poeta no seria entonces mas que un ruiseñor.

Verdad es que la sociedad estudiada en el trato comun, ó en los monumentos de tradiciones históricas, en la naturaleza que nos rodea ó en las narraciones de los viajeros, impresioná de diversos modos al artista; pero este al devolver sus impresiones debe ofrecerlas purificadas en el crisol de su fantasía, y guardarse

aquellas que en su conjunto en vez de robustecer el alma la afeminan, en vez de ennoblecerla la degradan. ¿Qué fuera de la gloriosa aureola que ciñe las sienas del poeta, si debiese empañarla el corrompido aliento de la sociedad? ¿si este ser privilegiado en vez de atraer a la altura de sus sentimientos las afecciones del vulgo descendiera al nivel de las tuyas? Si un poeta es algo mas que un hombre, sus amores han de ser algo mas que humanos; y aun cuando olvidándose de sí mismo espresa afectos de otra alma, debiera traslucirse en ellos un reflejo de la celeste llama que en su seno abriga. ¿Por qué no arrancar esta hermosísima pasión, este bálsamo de la vida, este sol de la juventud, del inmundo cieno en que blandamente se sumerge, para empujarle con aliento de fuego á un mundo ideal, á una region media entre el cielo y la tierra?

Oh! nosotros sentimos que hayan desaparecido aquellos amores puros y sublimes que imprimian un sello divino en el corazón del poeta; aquellos amores tiernos y entusiastas, plantas aromáticas que vivian una vida de hombre sin mas riego que una lágrima, sin mas aura que un suspiro, sin mas sol que una mirada; aquellas efusiones de un sentimiento respetuoso y profundo que no revelaban el lodo primitivo. Si una sociedad materializada no comprende este idealismo, este culto religioso, esta divinización del objeto amado, esta emanación del amor de los ángeles; nosotros la comprendemos muy bien, porque la habemos sentido. Tal vez nuestras juveniles ilusiones no serán llamadas mas que delirios de imaginación enferma pero á despecho de su estéril ironía quisiéramos mezclar nuestros acentos á las trovas de Ausias March, á los cantares del Petrarca, á las elegías de Herrera; y quisiéramos que todos los jóvenes, en cuya frente arde la llama de la poesía, añadiesen sus voces á este magnífico y sublime concierto.

T. A.

A MATEENES

24 Diciembre.

Ya solemnes, ya dulces y argentinas
Se responden dó quiera las campanas,
Cual profetas y vírgenes divinas
Alternan en el cielo sus hosanas.

Id dó el tropel es mas confuso y vario,
Dó entre sombras dibuja su perfil
La catedral, y el alto campanario
Lanza por sus ventanas voces mil.

Agita á ratos gritería ruda
De un cielo helado las tinieblas pardas;
Ebrio el mortal está, la noche muda....
Mejor que el hombre, ó noche, á un Dios aguardas!

La noche es esta que proscritas gentes
Bajar veía al subterráneo santo,
Con luz mas rara, mas sumiso canto,
Llanto en los ojos, y la fé en sus frentes.
La noche de leyendas y de arcanos,
En que ángeles bajaban con cariño,
Y el canto unian, y ante el santo Niño
A los niños besaban como hermanos.

Y los siglos hundiéronse en la tumba;
Y voz diversa entona el mismo canto....
Pasaron los que en él gozaban tanto;
Y hueco son, en los que viven zumba.

Sube cual una voz del coro, y grave
Siguele el órgano, y bullicio en pós;
E insanas voces y la voz de Dios
Su eco confunden en la vasta nave.
Masas de luz entre columnas bellas
Con la sombra en las bóvedas fluctuan;
Y en el reloj las horas continúan,
Y en el cielo su curso las estrellas.

II.

Dan las doce.... y en densas oleadas
Mas que nunca conmuevese el tropel;
Fija el palpito antiguo las miradas
Mientras un jóven aparece en él.

A otros siglos su traje pertenece
En su mano infantil blande un acero:
A su vista el rumor aumenta y crece
Cual queriendo acallar al mensajero.

**

Hé aquí que una voz, cual profética lira,
Elévase y trina y desciende y espira;
Y en sordos murmullos al canto de ira
El órgano sigue, cual trueno en el mar.

Callad; no mas risas... Me hiela ese canto
La hora, el recuerdo, y estrépito tanto;
En mí los cabellos eriza el espanto....
¿Sabeis de dó vienen cantor y cantar?

El canta á la tierra cual mastil crujiendo,
Las olas abiertas, los peces latiendo,
Y huir de sus globos querubés gimiendo,
Y errando los astros en triste espiral.

Y escucha un murmullo salir de la huesa,
Vé roto su cetro la muerte en sorpresa,
Y alzarse una llama, y el orbe en pavesa
Volár desprendido del brazo eternal.

Y juntos los hombres al son de los truenos,
Dos voces dividen á malos y buenos;
Y cielo y abismo rompiendo sus senos
Su gente reclaman; el tiempo finó.

Dá fin la Sibila, (*) y tres veces la daga
Vibró con misterio, y en tanto que vaga
Por los negros muros cancion tan aciaga,
¿De miles que oyeron, quién, dime, tembló?

III.

Relumbran ya á la luz los sacerdotes,
Abrióse en el altar el libro santo;
Y seguido de pausas y de canto

El sacrificio vá.

Y al órgano una música tranquila,
La flauta del pastor á la Sibila,
Canto de amor sucede al de venganza,
¿Y en él quién gozará?

Este Dios que arrancándose del Padre
Vino á la tierra incógnito y sin nombre,
Que en sueños ó en festines halló al hombre,
Y en ciega oscuridad,

Vedlo aquí, vedlo aquí!... perfume denso,
Postrado el pueblo anuncian al Inmenso:
Dtos velado también! también profunda
Aquí es su soledad!...

(*) Así se llama á un niño que, concluidos los Maitines de la vigilia de Navidad, canta una cancion antiquísima del Juicio final en idioma vulgar, uso de cuyo origen y significado no podemos dar razon.

Salen todos... El sueño los muchachos,

Su rezo concluyeron las mugeres,

Y sus risas los mas y sus placeres,

Algunos su oracion.

Y los ángeles vuelven al Inmenso

De votos llenos unos y de incienso,

Mudos los otros y el semblante oculto...

Señor ¿y cuántos son?

1838—J. M. Q.

EL

AVARO.

Soneto.

En el rigor del aterido invierno,

Sin mas candil que luna macilenta,

Enormes sumas de adquirida renta,

Beltran escribe en sórdido cuaderno,

De cofre antiguo su caudal moderno

Saca en talegos, otra vez los cuenta,

Los besa, los encierra, y se lamenta

Del tiempo malo, y de peor gobierno.

Se acuesta sin cenar, por fin dormita,

Y ligero rumor oye el mezquino,

Ah! ladrones serán... ladrones, grita.

Y espanta un ratoncillo que roía

De su libro de cuenta el pergamino,

La única cosa que roer podía.

Erratas del número anterior. En la pág. 87 col. 1.^a lín. 23 falta *varios* despues de *alimentos*: en la pág. 91, col. 1.^a, lín. 6, donde dice *hermana* léase *hermano*: en la misma pág., col. 2.^a, lín. 45, donde dice *sus hermanos* léase *tus hermanos*: en la pág. 92, col. 1.^a, lín. 33, donde dice *pero* léase *porque*: en la misma pág., columna 1.^a lín. 23, donde dice *Boix* léase *Foix*: en la misma pág. col. 1.^a lín. 45, donde dice *impedirlos* léase *impedirlo*.

PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.